

bam
bú

AMÉRICA

El laboratorio secreto

Lluís Prats
Enric Roig



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

© 2006, Lluís Prats Martínez

© 2006, Enric Roig Tió

© 2006, Editorial Casals, S.A.

Tel. 902 107 007

www.editorialbambu.com

Diseño de la colección: Miquel Puig
Ilustración de la cubierta: Pep Brocal

Primera edición: mayo de 2012

ISBN: 978-84-8343-225-9

Depósito legal: B-13894-2012

Printed in Spain

Impreso en

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de los titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970/932 720 445).

ÍNDICE

Una conferencia de lo más interesante	7
La envidia de la clase	17
¡Víctor, eres un inútil! (I)	25
Vuelo BE-127 con destino a París	35
Un hotel de cinco estrellas	43
El Quai d'Orsay	55
Los inventos de Laffitte	63
¡Víctor, eres un inútil! (II)	73
Una reunión de lo más secreta	87
Byte toma las riendas	97
Un plan sencillo	105
La peor parte	117
Una visita relámpago	127
Adiós, Byte	135
Adiós, papis	145
Buenas tardes, muchachos	151
¡Víctor, eres un inútil! (III)	157
Un plan perverso	167
Rumbo a Trouton	177
Operación Trouton (I)	187
Operación Trouton (II)	199
Un pacto con el enemigo	213
Al fin sale el sol	221
El castillo de la Bella Durmiente	233
La torre Eiffel	243
La reunión anual del Club Exclusive	255

Una conferencia de lo más interesante

Un rayo rasgó el cielo de París y fue a caer sobre el edificio Trouton. Cuando los científicos de Trouton Recherche Scientifique logren almacenar toda la energía de esos rayos, convertirán su empresa en la mayor del mundo. Pero hasta ese momento solo han obtenido resultados muy parciales.

A los pocos segundos estalló el trueno. En ese momento Sevère Flammarion, director de proyectos, salió al vestíbulo enfundado en su impecable traje negro. Avanzó hasta el troscáner, que lo escaneó, radiografió y holografizó en 3D. Al identificar sus datos, el ordenador central desactivó la alarma y Flammarion cruzó la puerta del edificio de titanio y cristal. Bajo la lluvia lo esperaba un Mercedes negro de última generación.

Su misión era sencilla, aparentemente insignificante. No tenía nada que ver con los rayos y su energía. «Pero



así suelen empezar las grandes revoluciones científicas», le había dicho Charles-Auguste Trouton, el presidente de la compañía.

Sevère Flammarion entró en la limusina V9, se ajustó los gemelos de la camisa y ordenó:

–Al Auditorio de Montparnasse, de prisa.

A varias manzanas de allí, en ese auditorio, el profesor Ragueneau subía al estrado. Tras dejar el paraguas sobre la mesa, se quitó la gabardina con calma y la dejó doblada en una silla, miró al público y carraspeó bajo sus mostachos, blancos como su melena.

–Distinguidos parisinos y hermosas parisinas: les agradezco su presencia aquí, en esta tormentosa noche. No se arrepentirán de haber venido. Lo que tengo que comunicarles..., en fin, supone una revolución para la historia de la ciencia.

El público no mostró excesivo entusiasmo ante las palabras del anciano profesor.

–Probablemente –continuó sin inmutarse– todos hayan oído hablar del doctor Laffitte... Quizá les hayan hablado de sus extraños inventos o quizá ustedes mismos asusten a sus hijos con la historia de su misteriosa desaparición en 1889. Sea como sea, siempre hemos considerado que el doctor Laffitte y su fantástico laboratorio eran una simple leyenda, un cuento para niños. Pero, pero, pero..., ¿y si todo lo que se cuenta sobre él fuera cierto?

Nadie respondió a la pregunta.

–Antes de entrar en materia, queridos amigos, lo mejor será que los ponga en antecedentes, ¡ejem!

Ragueneau se puso unos anteojos redondos y anticuados y empezó a hablar de las exposiciones universales que tuvieron lugar en París a lo largo del siglo XIX. Se refirió de una manera especial a la de 1889, año del centenario de la Revolución Francesa.

–En esa ocasión –dijo con brillo en los ojos– acudieron nada menos que veintiocho millones de visitantes para contemplar los más de sesenta mil expositores...

Mientras una señora de la primera fila se llevaba la mano a la boca para ocultar un formidable bostezo, se abrió la puerta de la sala y entró Severe Flammarion. Se quedó al fondo de la sala, de pie, con la intención de que el profesor se fijara en él. Pero el anciano estaba demasiado enfrascado en su exposición.

–Recientemente he realizado un descubrimiento... estremecedor, se podría decir. Un descubrimiento que hace que la leyenda... –el profesor se interrumpió para buscar entre sus documentos–. Pero, ¿dónde...? Creí que lo había puesto aquí... Disculpen un momento.

Tras esas palabras, se zambulló en el interior de su maletín. Los ojos de varios asistentes volvieron a clavarse en él.

–¡Ah! Aquí, aquí, ¡aquí! –exclamó, sacando un manojito de papeles del portafolios–. Como les decía, ¡ejem!, recientemente he realizado un descubrimiento que hace que la leyenda cobre ciertos visos de realidad.

Se había pasado todo el día ensayando esa frase y la pronunció con voz profunda y afectada, al tiempo que mostraba unos viejos papeles manuscritos. En el auditorio se hizo el silencio más absoluto.



—Estos papeles antiguos y enmohecidos son, nada más y nada menos, unos fragmentos de los diarios de Honoré, el aprendiz del doctor Laffitte. Por lo que cuenta el muchacho, parece que su relación con el doctor no fue demasiado fluida...

El profesor contempló orgulloso la reacción del público. La señora, que momentos antes había bostezado, se quedó con la boca abierta.

A su lado, un señor de barba se removió incómodo en la butaca. Un estudiante puso en marcha su grabadora y un viejecito puso más volumen a su audífono. Al fondo, monsieur Flammarion se sacudió del hombro una mota de polvo con un gesto elegante.

—Según los testimonios que nos han llegado, en la primavera de 1889 circulaban por París mil rumores acerca del nuevo invento del doctor Laffitte. Quería presentarlo en la Exposición Universal. Al principio nadie sabía de qué se trataba, puesto que el ingenio de Laffitte no conocía límites. Pero, como por arte de magia, todo el mundo empezó a hablar de una supuesta machine de la fraternité, que debía servir para instaurar la paz y la fraternidad entre todos los hombres y todas las naciones. Pero, en fin, en fin, ¡en fin! Lo mejor será que les lea algunos párrafos de los diarios de Honoré...

El profesor se ajustó los anteojos, carraspeó ruidosamente y comenzó a leer:

«17 de enero.

Estoy harto de Laffitte. Es un inventor loco que ingenia máquinas diabólicas. Y, claro, ¿quién las tiene que probar?



El desgraciado Honoré. Pero ya no aguanto más. Había hecho el propósito de no contar nada acerca de sus inventos, porque él me dijo que debían quedar en la más estricta confidencialidad. Y he cumplido mi palabra: nadie sabe nada sobre mis conversaciones con espíritus del más allá, ni acerca de mis vuelos sobre París con máquinas cada vez más pequeñas e inseguras... Sin embargo, lo que ha ocurrido hoy en su infernal laboratorio subterráneo es la gota que colma el vaso. Quería hacerme viajar a través del tiempo, pero su máquina ha fallado. Y, en lugar de mandarme a las Cruzadas, ha conseguido que mi cuerpo se pusiera a dar vueltas y más vueltas, como un trompo. Me he mareado enseguida y he empezado a vomitar. El vómito ha salido disparado en todas direcciones, como el agua de un aspersor. La sala de invenciones ha quedado tan sucia que me ha prohibido volver a entrar en ella. ¡Ojalá cumpla su promesa!»

El profesor se bajó los anteojos a la punta de la nariz y observó al público por encima de los pequeños cristales. No se oía ni el zumbido de una mosca.

–El hecho en sí –prosiguió– puede resultar un tanto desagradable, pero es la primera referencia fidedigna al laboratorio secreto de Laffitte: estaba bajo tierra. A continuación, voy a leerles el texto más enigmático que escribió su aprendiz. Corresponde al último día de su diario. Y sospecho –añadió, levantando el índice–, sospecho que lo que nos cuenta está relacionado con la misteriosa desaparición del científico. Recuerden –apostilló– que al día siguiente se inauguraría la Exposición Universal:



31 de marzo.

Hoy ha sucedido algo insólito. El doctor estaba ultimando los preparativos para la presentación de su machine de la fraternité. Como yo tengo prohibido entrar en la sala de invenciones desde el incidente del vómito, estaba en la galería de exposición haciendo la inspección semanal de los inventos. Cuando he oído el sonido de la puerta de la sala, me he escondido detrás del perforateur para espiar al doctor, que ha puesto el cerrojo. El túnel ha quedado en silencio, claro, porque la puerta de la sala cierra herméticamente gracias a un sistema de ventosas. Solo se oía de vez en cuando el sonido apagado de una gota de agua.

Transcurridos unos minutos me he acercado a la ventanita redonda de la puerta. El doctor estaba de espaldas, trabajando en la machine de la fraternité. En ese momento la ha acabado, porque se ha erguido y se ha frotado las manos sonriendo malignamente, como hace siempre que finaliza un invento. Yo me he agachado por si se daba la vuelta. Lo que he visto al levantarme ha sido... ¡No encuentro palabras para describirlo!

El profesor estaba de pie, mirando a través del cristal. Pero no me miraba a mí, veía otra cosa... Su mandíbula inferior se ha desencajado y en su cara ha aparecido una mueca de terror indescriptible. Se le han hinchado las venas de la frente. Ha retrocedido un pasito sin apartar la mirada del frente. Y luego, otro pasito. ¿Qué diablos estaba viendo?

12 De repente se ha dado la vuelta y ha saltado en todas direcciones, retorciéndose, alzando los brazos, gritando.

Pero yo no he oído nada, nada en absoluto. La puerta deja la sala insonorizada.

No sé cuánto tiempo ha durado aquel infierno, ni qué ha sucedido realmente. Pero estoy seguro de que se trata de algo fantasmagórico. Era como si un montón de espíritus y espectros atormentaran al doctor... ¿Qué otra cosa podría ocasionar aquel frenesí?

El doctor Laffitte se ha sosegado repentinamente. Ha comenzado a respirar de forma entrecortada, pero sin hacer aspavientos, sin dar saltos ni gritos. Se ha erguido y me ha visto. Sé que me ha visto porque se ha puesto frente a la puerta y ha levantado el dedo. Pero, en ese momento, todo el dolor del mundo se ha concentrado en su cara y su cuerpo se ha contorsionado. Le han temblado las piernas y se ha agarrado el pecho con las manos, como si quisiera arrancarse el corazón. Se ha retirado, a su escritorio, y lo he perdido de vista. Entonces, he huido. He desaparecido de aquel maldito infierno y no pienso descender nunca más a él, aunque Laffitte y sus fantasmas vengan a buscarme.»

El profesor dejó el manuscrito sobre la mesa, junto al paraguas, y miró al público. Por primera vez, nadie se había dormido. Todo el mundo tenía los ojos puestos en aquel «documento estremecedor». Era el momento indicado para cerrar su intervención de forma brillante.

—Puede que este diario —sonrió complacido— complique aún más las cosas. Sin embargo, nos aporta datos de gran valor. Me he permitido la licencia de dibujar un plano del laboratorio a partir de los textos... Nada más que una aproximación, por supuesto.



El profesor se levantó y rengueó hasta un caballete situado en el estrado. Con un gesto teatral descubrió una gran lámina con el boceto del laboratorio.

–¡Oh! –exclamó el público al unísono.

–Celebro que les agrade... –dijo mientras miraba su plateado reloj de bolsillo–. Se me ocurre una serie de preguntas acerca de este documento. ¿Por qué escribió Honoré un diario? Bueno, quizás este sea un interrogante sin la menor importancia. La siguiente pregunta podría ser: ¿murió Laffitte aquel día en el laboratorio? Esto es más interesante, ya que, de ser así, podríamos hallar el cadáver de un gran científico al que muchos consideran una simple leyenda. Pero antes deberemos responder a la tercera pregunta, la gran pregunta, la pregunta... –Ragueneau titubeó unos segundos–. Y esa pregunta es: ¿dónde se esconde este fabuloso laboratorio?

El público contenía la respiración. La señora de la primera fila puso los ojos en blanco y el estudiante dio la vuelta a la cinta.

–He dedicado los mejores años de mi vida a este interrogante. Ayer todo el mundo me consideraba un viejo chiflado por creer en esta historia. Hoy sabemos que no me equivoqué, y estoy dispuesto a reanudar la búsqueda del laboratorio de Laffitte, si cabe, con mayor empeño. Muchas gracias a todos por su atención. Buenas noches.

El aplauso se hizo esperar unos segundos, ya que la audiencia se encontraba en estado de shock.

El profesor recogió sus papeles y los guardó en el malecón. La conferencia había acabado más tarde de lo previsto

y deseaba partir cuanto antes. Docenas de brazos se alzaron entre el público, pero él hizo caso omiso y salió por la puerta trasera del Auditorio de Montparnasse.

Fuera, seguía lloviendo a cántaros.

–Rayos, rayos, ¡rayos! –se quejó–. He olvidado el paraguas dentro...

Se estaba dando la vuelta para regresar al auditorio cuando una elegante limusina negra se detuvo frente a él. La puerta trasera se abrió automáticamente y apareció Se-vère Flammarion que, con esmero, le tendía la mano desde el interior. Sonreía tanto como un consejero de Trouton es capaz de sonreír.

–Suba, por favor, profesor –lo invitó–. Está usted mojándose.

–Se lo agradezco, joven –musitó Ragueneau, escurriéndose hacia el interior.

–Su conferencia me ha parecido brillante –dijo el hombre de traje oscuro y mirada de acero, que se sentaba en el asiento de cuero del vehículo.

–Muy amable...

La puerta se cerró como por arte de magia y el vehículo arrancó suavemente.

–Me presentaré –dijo el hombre del traje oscuro–: soy Se-vère Flammarion, director de proyectos de Trouton Recherche Scientifique.

El profesor arqueó una ceja, sorprendido.

–Encantado. Me llamo Ragueneau, Maurice Ragueneau. Jamás hubiera sospechado que mis investigaciones suscitarían el interés de su compañía.



–Veo que conoce nuestra empresa –sonrió Flammarion–. Y aseguraría que está dispuesto a aceptar nuestra colaboración, ¿me equivoco? Por supuesto, sus investigaciones y descubrimientos serán debidamente recompensados.

–Monsieur Flammarion –balbució–, me halaga enormemente que Trouton se haya fijado en mis trabajos. Al fin y al cabo..., yo no soy más que un investigador de...

–¿De pacotilla iba a decir? ¡Oh!, vamos, profesor, no sea tan humilde. Su trabajo es capital para el futuro de la ciencia y de nuestro país, créame. El viejo Trouton se ha dado cuenta y está dispuesto a subvencionar la búsqueda de la que nos ha hablado –Sevère Flammarion miró al exterior y continuó–. ¿Será tan amable de indicarme su dirección? Por el camino, le contaré con mayor detalle la oferta que nuestra empresa tiene para usted.

–Será un placer, monsieur. Un placer mayor de lo que jamás hubiera imaginado...

–Y... ¿dice usted que Laffitte guardaba todos sus inventos en ese laboratorio secreto? –preguntó Flammarion mirando al profesor de reojo.

–¡Oh, sí, sí, sí! Por eso no nos ha llegado ninguno: guardaba los prototipos. Y dicen que eran muchos. Aunque, personalmente, el que más me interesa es esa máquina de la fraternidad...

–Entiendo –concedió Flammarion alisándose las cejas. El gemelo dorado brilló bajo la manga del traje e iluminó por un instante el barrio de Montparnasse.

A lo lejos, otro rayo cayó sobre el edificio Trouton.

